



Figuraciones de la explotación en “Los mensú”, de Horacio Quiroga y *El río oscuro*, de Alfredo Varela: trabajo, esclavitud, animalidad

Leandro Ezequiel Simari¹

Universidad de Buenos Aires
simarileandro@gmail.com

Resumen: En un lapso de 25 años, Horacio Quiroga y Alfredo Varela ofrecieron su versión literaria acerca de la explotación padecida por los trabajadores rurales en las plantaciones de yerba mate de Misiones durante las primeras décadas del siglo XX. Con posturas estéticas e ideológicas divergentes, pero con tópicos y tramas afines, “Los mensú”, de Quiroga, y *El río oscuro*, de Varela, se presentan como narraciones construidas en torno a la figura del “mensú” y al sistema que los engaña, somete y esclaviza. El presente trabajo pretende estudiar un procedimiento reiterado en ambos textos como medio de representar la explotación del mensú: su animalización. Resaltando a la vez los puntos de contacto y los contrastes, el siguiente análisis explora los modos en que la animalización del mensú se introduce en cada texto, así como sus matices y variantes.

Palabras clave: Horacio Quiroga – Alfredo Varela – Animalización – Trabajo – Karl Marx

Abstract: In a time span of twenty-five years, Horacio Quiroga and Alfredo Varela offered their literary version of the exploitation suffered by rural workers in yerba mate plantations of Misiones during the early decades of the twentieth century. With divergent aesthetic and ideological positions, but with similar plots and topics, “Los mensú” by Quiroga, and *El río oscuro* by Varela, are presented as narrations built around the figure of the *mensú* worker and a deceitful and enslaving system. The present work aims to study a procedure repeated in both texts as a means of representing the exploitation of the *mensú*: his animalization. Highlighting both the points of contact and the contrasts, the following discussion explores the ways in which the animalization of the *mensú* is introduced in each text as well as its nuances and variations.

Keywords: Horacio Quiroga – Alfredo Varela – Animalization – Work – Karl Marx

¹ **Leandro Ezequiel Simari** es estudiante avanzado de la carrera de Letras y adscripto de la cátedra de Literatura Argentina I (Iglesia) en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente desarrolla una investigación sobre las representaciones de la animalidad en la literatura argentina.

El mensualero, el *mensú*, el peón de las plantaciones de yerba mate que se extendieron en las regiones selváticas del Alto Paraná entre fines del siglo XIX y principios del XX, forma parte de la galería de explotados que ensombrece y, en cierto sentido, cimienta la historia argentina. Como otros desclasados, como otras víctimas de los avatares más o menos rústicos del capitalismo local en ciernes, también el mensú encontró su lugar en las páginas de la literatura nacional: aunque menos frecuentados que los del indio o el gaucho, su figura y sus padecimientos, sin embargo, dieron lugar a textos que supieron abordar un mismo tópico, los mecanismos de la explotación y sus violencias, de modos disímiles y, por momentos, contrapuestos.

Es el caso de Horacio Quiroga, con “Los mensú”, probablemente el texto más célebre sobre la temática, y de Alfredo Varela, con *El río oscuro*, probablemente el texto de mayor carga política, por la manifiesta adhesión de su autor al Partido Comunista y a su estética oficial: el realismo socialista. Aun con sus diferencias, tanto Quiroga como Varela construyen versiones literarias que coinciden en torno a una serie de circunstancias definitorias de la vida del mensú y de los modos en que se produce su explotación en los obrajes de yerba mate. En función de estos puntos en común, nada cuesta proponer una síntesis general que englobe a la vez la trama narrativa de los dos textos. En uno y otro caso, el destino del mensú se inaugura con una estafa: a la firma del contrato le sigue un adelanto de dinero, al que le sigue, a su vez, una orgía de mujeres y alcohol, premeditada por el patrón, en la cual el mensú contraerá una deuda inflada que lo obligará a trabajar sin descanso durante meses. Frente a una cuenta que, por vías espurias, favorece cada vez más al capitalista, la huida a través de la selva aparece para el peón como única esperanza, primero, y como recurso desesperado, después. Respecto de ese vínculo irregular entre patrón y mensú, el discurso historiográfico ofrece una versión no muy distinta a la de Quiroga y Varela:

Planteada la relación en términos casi extraeconómicos (enganches por engaños, pagos con vales, obligaciones por la fuerza), [los patronos] contaban con la impunidad que les daba el escaso control oficial y su aislamiento en la selva. Los peones, ante tal situación,

debieron imaginar, antes que los reclamos sectoriales, otra forma de rebeldía: la fuga luego de cobrado algún adelanto de dinero (Sagastizábal 10).

En esa misma trampa caen Cayé y Podeley, protagonistas del cuento de Quiroga, y Ramón Moreira, protagonista de la novela de Varela. Así, ambos textos urden una representación literaria que, con pretensiones de ser fiel al referente, ubica al mensú indefectiblemente sumido en un camino que va de la firma fraudulenta de la contrata hasta la fuga desesperada a través de la selva, pasando antes por los largos meses de explotación en los yerbales.

En más de una ocasión, Marx ha sostenido que el trabajo constituye la actividad vital propia del hombre, aquello que lo diferencia del animal. Definido como “un proceso entre el hombre y la naturaleza” (Marx *El capital* 215), el trabajo implica para Marx el abandono de las “formas instintivas” (*El capital* 216) de satisfacer las necesidades vitales y su reemplazo por una actividad libre, voluntaria y consciente. Sin embargo, la forma que el trabajo adopta bajo el sistema capitalista es concebida en los términos de un “trabajo enajenado” (Marx *Manuscritos* 67) y caracterizada a partir de una función inversa: en lugar de contribuir a la constitución de lo humano, el trabajo enajenado fomenta su confusión con lo animal. Es que, según Marx, en la medida en que el hombre ya no se siente libremente activo, deposita su única libertad en “sus funciones animales: comer, beber, procrear, a lo más construir su habitación, buscarse vestuario, etc.” (*Manuscritos* 71). En cambio, en la actividad específicamente humana, es decir, en el trabajo, se animaliza, alterando la carga: “Lo que es animal se hace humano y lo que es humano se hace animal” (*Manuscritos* 71).

En una u otra dirección, Marx sitúa el trabajo entre el hombre y el animal, o bien como medio de superación de la condición animal originaria del hombre, o bien como elemento distorsionador de lo humano en pos de lo animal. Tanto en el cuento de Quiroga como en la novela de Varela, esa frontera es puesta en crisis a causa de la representación de una explotación límite: en ambos casos, el mensú no vive lo animal como humano y lo humano como animal, porque el límite entre las dos esferas resulta anulado. La figura del mensú que Quiroga y

Varela perfilan responde, en todo caso, menos a la de un trabajador enajenado que a la de un esclavo: su cuerpo no le pertenece y deviene en herramienta de trabajo para el beneficio de terceros; su voluntad es neutralizada, sus libertades son abolidas. En este marco, la animalización se ofrece, en los dos textos por igual, como la estrategia privilegiada para dar cuenta de ese sometimiento extremo. Como en Aristóteles, esclavitud y animalidad se enlazan, aunque con una salvedad fundamental: mientras Aristóteles naturaliza la animalidad del esclavo (el estatuto del esclavo es *naturalmente* el de un animal y su esclavitud está así justificada),² Quiroga y Varela se sirven de ella como medio para subrayar el resultado degradante de la explotación a partir de procedimientos puntuales en la caracterización de sus personajes: la desintegración de la individualidad y la voluntad detrás del instinto; la reducción de lo humano hasta lo estrictamente biológico o el uso recurrente y directo del símil con el animal. Para ambos (y, en cierto sentido, también para Marx) lo animal no se presenta como lo otro del hombre, sino en todo caso como el despojo que se obtiene de arrancarle al hombre su especificidad humana. El animal está en el hombre como un estigma; dependiendo del caso, se lo supera o se cae en él.

A la temática y la trama comunes se suma así un nuevo punto de contacto entre “Los mensú” y *El río oscuro*: en este caso, la animalización de los protagonistas como procedimiento para representar su explotación por vías del trabajo. Una vez más, esta nueva confluencia será el eje que ilumine los contrastes.

Quiroga y la explotación cíclica

Según Jorge Lafforgue, predominan en la crítica “dos miradas de conjunto sobre la producción quiroguiana” (XXXIX): la primera de ellas, cuyo

² Sostiene Aristóteles que “quienes difieren entre sí tanto cuanto el alma difiere del cuerpo y el hombre del animal (y tal es la condición de aquellos cuya función es el uso del cuerpo y esto es lo mejor que pueden dar de sí), ellos son esclavos por naturaleza (...) Es esclavo por naturaleza el que pertenece a otro (y por eso mismo pertenece efectivamente a otro) y tiene relación con la razón en grado tal que la percibe pero no la posee. Pues los demás animales prestan servicio guiados no por la razón sino por sus afecciones. Y el uso que de ellos se hace poco difiere del que se hace de los esclavos. Porque ambos, tanto los esclavos como los animales domésticos, con su cuerpo prestan ayuda para la satisfacción de las necesidades de la vida” (67-68).

mayor exponente es Rodríguez Monegal, “hizo hincapié en las etapas de su desarrollo”; la segunda, más convencional, “en los géneros literarios que abordó” (Lafforgue XXXIX). De acuerdo con esta segunda línea, el inventario que propone Lafforgue es más bien simple: los textos de Quiroga se dividirían en poesía, narrativa, artículos, teatro y cine, y cartas (XL). De acuerdo con la primera línea, en cambio, la escritura de Quiroga quedaría organizada en cuatro períodos:

[E]l primero, 1897-1904, comprende su iniciación literaria, su aprendizaje del Modernismo, una estridencia decadentista, su oscilación expresiva entre verso y prosa (...) El segundo, 1904-1911, lo muestra en doble estudio minucioso: del ámbito misionero, de la técnica narrativa, al tiempo que recoge muchas de las obras del período anterior y se cierra con su libro más rico y heterogéneo: *Cuentos de amor, de locura y muerte*, 1917. El tercero, 1911-1926, presenta un Quiroga magistral y sereno, dueño de su plenitud; encuentra su cifra en el libro más equilibrado y auténtico, *Los desterrados*, 1926. El último período, 1926-1937, registra su segundo fracaso como novelista (*Pasado amor*, 1929), su progresivo abandono del arte, su sabio renunciamento (Rodríguez Monegal “Objetividad en Quiroga”).

Milagros Ezquerro, por su parte, intenta una tercera forma de clasificación, basada en condensaciones temáticas más o menos generales. Así, propone cinco rúbricas para agrupar los textos: *Goces y dolores del amor*, *Los maleficios*, *La lucha del hombre contra la naturaleza*, *Historias de animales* y *Los hombres de la selva* (Ezquerro 1381-1382).

Publicado originalmente en las páginas de *Fray Mocho*, en abril de 1914,³ e incluido tres años después en *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, “Los mensú” sería, según las taxonomías anteriores, un texto narrativo del período de madurez de Quiroga, cuyo tema central es la vida de un cierto tipo de *hombre de*

³ Un mes después de la publicación del cuento, otro medio gráfico, el diario *La prensa*, vuelve a poner el foco de atención de la opinión pública en la brutal explotación de los peones rurales de la selva misionera, denunciando, entre otras cosas, “mutilaciones y heridas”, “indicios de crímenes” y “estrecha solidaridad” entre los propietarios y las autoridades (*La prensa*, 7/5/1914, recogido en Sagastizábal 38-39).

la selva: el peón explotado en los yerbales. Su temática lo ubica, según Ezquerro, dentro del “núcleo duro de la obra de Horacio Quiroga” (1383), la zona de su producción narrativa que, con la selva misionera como ambiente, se transformó en “la parte más peculiar de su creación” (Ezquerro 1383). Para Rodríguez Monegal, por su parte, la pertenencia de “Los mensú” a la etapa de madurez en la producción de Quiroga estaría fundada, sobre todo, en la característica principal que su escritura adopta durante este período: la objetividad, es decir una tendencia que implica el abandono de los patrones modernistas propios de sus primeros textos pero también, de acuerdo con Martín Prieto, el abandono de “la idea de un cuento perfecto ‘como una sola línea, trazada por una mano sin temblores de principio a fin’” (191). La marca más evidente de la objetividad en los textos de Quiroga, en general, y en “Los mensú”, en particular, radicaría, entonces, en las restricciones impuestas “a la ornamentación, a la subjetividad y a las proliferaciones de cualquier tipo” (Prieto 192). Aun con criterios diferentes, la clasificación de Ezquerro ratifica este cambio de estética: si los cuentos ambientados en la selva son el núcleo de la narrativa de Quiroga, esto se debe no sólo a su particular escenario, sino también a “una renuncia al credo modernista de su primera juventud” (Ezquerro 1384). Despojados de los ornamentos del modernismo y con un espacio definido como referente, el grupo de cuentos quiroguianos al que pertenece “Los mensú” demuestra una evidente inclinación hacia el realismo.

Pero, además de esa tendencia general, Rodríguez Monegal señala como rasgo central de “Los mensú” el abordaje *imparcial* del tema de la explotación:

No abandona Quiroga su imparcialidad para denunciar, a la vez, el abuso que se comete contra esos hombres y su misma degradación que consiente el abuso. La aventura de Cayé y Podeley (“Los mensú”) es, en este sentido, ejemplar. Ni un sólo momento la compasión, el fácil -e inocuo- alegato social, inclinan la balanza. Quiroga no embellece a sus héroes (Rodríguez Monegal “Objetividad en Quiroga”).

En efecto, el punto de vista narrativo evade la condescendencia y el juicio, constituyéndose en la distancia de los personajes en sí mismos y de las peripecias que afrontan. No obstante, la *imparcialidad* del narrador no repite en absoluto una imparcialidad supuesta del autor: lejos de mitigar el potencial

denuncialista del texto, esa perspectiva, en cambio, lo acentúa. Porque Quiroga no necesita recurrir a pasajes explícitamente didácticos o moralizantes, no pretende enfatizar la miseria y el patetismo en las escenas representadas ni idealizar a sus personajes como medios para pretender garantizar la empatía y la conmoción en el lector sino que, al contrario, sostiene su denuncia a través de un punto de vista narrativo que toma distancia del cuadro narrado para exponerlo mejor, sin intermediaciones excesivas de una subjetividad que sobredetermine la lectura.

Parte de esa distancia entre el narrador y lo narrado se comprueba en relación con los personajes: salvo en breves pasajes, el punto de vista narrativo no se aproxima al punto de vista de los protagonistas. Más aún, cuando el narrador se ocupe de definirlos particularmente, aportará apenas los datos indispensables para diferenciarlos. En cambio, la caracterización primordial de los personajes no es individual sino colectiva y no se centra en rasgos específicos de cada uno de ellos sino en las marcas físicas y simbólicas que su trabajo les imprime en el cuerpo y las conductas.⁴ De esta forma, la individualidad de Cayé y Podeley se extravía; más que la consecuencia de una voluntad o un vicio particulares, su comportamiento aparece como reflejo inevitable de mecanismos instintivos. Así, sumidos en la orgía, los protagonistas encontrarán “suficiente de caña para colmar el hambre de eso de un mensú” (Quiroga 77); derrocharán su ganancia “pues lo único que el mensualero posee, es un desprendimiento brutal de su dinero” (78); se habrían espantado de los

⁴ Esta representación de los trabajadores rurales de la selva misionera está lejos de ser homogénea en la obra de Quiroga. Existe, por ejemplo, una marcada distancia entre el tratamiento que reciben los peones explotados en “Los mensú” y los *hombres de la selva* que se representan en “Los desterrados”. Aunque definidos inicialmente como “tipos pintorescos” de la región de frontera, los personajes de “Los desterrados”, Joao Pedro y Tirafogo adquieren perfiles individuales más delineados que Cayé y Podeley y sobreviven, por la violenta rebeldía y el “optimismo” (Quiroga 630) respectivamente, a las pesadas faenas de la selva misionera, hasta que su muerte se consuma en un tardío e idealizado proyecto de regreso a la tierra natal.

Por citar otro ejemplo significativo, en “Un peón”, a la constitución de una figura excéntrica de peón rural, se suma el hecho de que el punto de vista narrativo se ubique desde la perspectiva de un patrón.

gastos que figuran en su cuenta “si un mensú no estuviera perfectamente curado de ese malestar” (79). Fatalmente disuelto por un impulso que lo excede, el acto individual y voluntario se subsume detrás de patrones de comportamiento prefigurados por la pertenencia a un colectivo que el trabajo determina. Cayé y Podeley son los especímenes; el personaje colectivo del mensú, *la especie*. Y el trabajo, el sello que marca el accionar y lo uniforma, como si de una naturaleza sobreimpuesta se tratara.

En otras instancias, la caracterización en tanto que mensú no sólo encubre, sino que directamente desplaza la alusión individualizada a los personajes, quienes sólo pueden ser intuidos detrás de las generalidades como repetidores de un hábito establecido por el oficio. Por caso, cuando Cayé y Podeley arriban en el Sílex que los transporta desde el obraje hasta Posadas, la narración refiere el episodio sin hacer mención particular de ninguno de los dos; en cambio, se los incorpora dentro de un colectivo, porque ambos son mensualeseros y, como tales, repiten patrones de comportamiento: “espera en la playa un grupo de muchachas alegres de carácter y de profesión, ante las cuales los mensú sedientos lanzan su ¡ahijú! de urgente locura” (Quiroga 77). De la misma manera, frente a la explotación, la mansedumbre inicial y la rebeldía posterior son aludidas en términos colectivos, narradas como conductas establecidas para cualquier mensú, de las cuales, una vez más, los protagonistas sólo vendrían a representar el caso particular dentro de la generalidad:

El mismo fatalismo que aceptaba esto con un ¡añá! y una riente mirada a los demás compañeros, le dictaba, en elemental desagravio, el deber de huir del obraje en cuanto pudiera. Y si esta ambición no estaba en todos los pechos, todos los peones comprendían esa mordedura de contra-justicia, que iba, en caso de llegar, a clavar los dientes en la entraña misma del patrón (Quiroga 81. El subrayado me pertenece).

Movidos por resortes instintivos que el trabajo les impone en reemplazo de su voluntad individual, los personajes son arrastrados al interior de un círculo que los condena a la eterna repetición, en tanto que el cuento no ofrece un afuera: empieza y termina con el fin de una contrata y el comienzo de otra. Las circunstancias intermedias (el trabajo en los yerbales, la enfermedad de Podeley,

la huida) y las variaciones (Podeley vivo al comienzo y muerto en el desenlace) no alteran los mecanismos de fondo. Entregados a esa lógica iterativa, los mensú pierden, junto con su voluntad y su individualidad, la “línea rectilínea” que, según Arendt, caracteriza la existencia humana y la diferencia de la animal:

Los hombres son ‘los mortales’, las únicas cosas mortales con existencia, ya que a diferencia de los animales no existen sólo como miembros de una especie cuya vida inmortal está garantizada por la procreación. La mortalidad del hombre radica en el hecho de *que la vida individual*, con una reconocible historia desde el nacimiento hasta la muerte, *surge de la biológica*. La mortalidad es, pues, seguir *una línea rectilínea* en un universo donde todo lo que se mueve lo hace en *orden cíclico* (Arendt 31. El subrayado me pertenece).

En otras palabras, si lo biológico se asienta en el orden cíclico, la vida humana individual surge en la sucesión, en la línea recta e irremediable del tiempo. Someterse al tiempo cíclico de la explotación implica para los mensú, en última instancia, el abandono de la temporalidad humana, la pérdida de lo individual detrás de lo biológico.

Aunque lejos de la distancia que caracteriza el punto de vista narrativo de Quiroga, Varela también apela ocasionalmente a la desarticulación de la individualidad de su protagonista, Ramón Moreira –de cuyo apellido Romano se encarga de señalar la prosapia *rebelde* (608)– detrás de un colectivo organizado por el oficio: la *mensuada*. Pero, si en el cuento de Quiroga la animalización se decanta sobre todo del destino narrado de sus protagonistas y del modo en que se los incorpora dentro de un colectivo, en *El río oscuro*, en cambio, se constituye particularmente a través del símil explícito que redobla de manera enfática la idea de que la esclavización neutraliza la humanidad de los trabajadores y los equipara con el animal. El matiz destaca en tres tópicos que, ya presentes en “Los mensú”, resultan reformulados en la novela: la orgía, el traslado a los yerbales, la fuga.

Las narraciones de Quiroga y Varela sitúan las orgías a las que se entrega el mensú como parte del mecanismo que lo somete. Su rol en la operatoria general está claramente pautado: tienen lugar en las celebraciones especiales, en el final

de una contrata o en la estafa que funciona como antesala de una nueva. De este modo, la actividad sexual queda parcialmente condicionada dentro de las regulaciones que la explotación impone al cuerpo del mensú.

En sus reflexiones sobre el erotismo, Bataille sostiene que el trabajo constituye “la vía de la conciencia”, opuesta a “la sexualidad libremente desbordada” (167). De este modo, entendido como instaurador de la conciencia humana, el trabajo es concebido por Bataille como el medio por el cual “el hombre salió de la animalidad” (167):

En la medida en que el hombre se definió mediante el trabajo y la conciencia, tuvo no sólo que moderar, sino que ignorar y a veces maldecir en sí el exceso sexual (...) *si trabajando no se hubiera vuelto primero consciente, no habría en absoluto conocimiento: estaríamos aún en la noche animal* (167. El subrayado me pertenece).

En contrapartida, el trabajo del mensú, variante límite de la explotación capitalista, no “debilita el hambre sexual” (Bataille 167) ni funda en él una conciencia opuesta al exceso, sino que, al contrario, aparece como fustigador de un instinto que expresa la sexualidad en términos animalizados. Como se dijo, la participación de Cayé y Podeley en la orgía se remite a su oficio y se sintetiza como “el hambre de eso de un mensú”; para los personajes de Varela, por su parte, el sexo implica una vuelta a la animalidad, un encuentro *salvaje y voraz* entre *machaje* y *hembraje*:

En ellas [en las *chinas*] soñaban los hacheros sepultados en un rincón cualquiera de la selva, en ellas los *tareferos* al revolcarse en los estrechos catres, atenaceados por las fiebres y el instinto insatisfecho. En ellas cuando al fin podían librarse por algunos momentos de su servidumbre para venir en busca de un cuerpo opulento, de unas carnes que oprimir y marcar con salvajes mordiscos, de una piel suave para unirla a la propia piel ardida, curtida por los vientos y los soles, sucia y sobre todo, voraz (Quiroga 35).

En cuanto a la narración del traslado en barco desde la ciudad a la plantación yerbatera, Quiroga y Varela repiten la imagen del hacinamiento, en la que hombres y animales, por obligada yuxtaposición, borran los límites higiénicos y culturales que restringen su contacto y separan su existencia:

Así, tras constantes derroches de nuevos adelantos (...) los mensú volvieron a remontar el río en el Sílex. Cayé llevó compañera, y los tres borrachos como los demás peones, se instalaron en el puente. Donde ya diez mulas se hacinaban en íntimo contacto con baúles, atados, perros, mujeres y hombres (Quiroga 78).

El viaje fue una continua pesadilla de la que luego recordaban apenas su eterno cabecear sobre cubierta, el olor espantoso a roña y a enfermedades terribles, el charque hediondo y el agua asquerosamente tibia. Unos cuantos mensúes habían llevado a sus familias. Viajaban apretujados y vivían y dormían todos juntos, las gallinas y los perros mezclados con la gente, las mujeres confundidas con el machaje y los gurises gateando por todas partes (Varela 57).

Varela, sin embargo, redonda, una vez más, en la animalización a través de un símil explícito, sobre el que volverá más adelante al definir a los explotados como “ganado humano” (132): subiendo a la embarcación, “los cuidadores los hacían marchar en fila (...) Empujaban a los hombres pasándoselos de uno a otro, como gente acostumbrada a manejar reses” (56).

Con la huida del obraje, por último, la frontera que separa al mensú del animal encuentra su quiebre más flagrante. Su lógica es la de la “cacería” (Quiroga 84), los fugados son perseguidos y ultimados como “un puma” (Varela 59) o “un venado” (Varela 60). En esa circunstancia, degradación última y voluntaria del mensú que opta por la animalidad para huir de la esclavitud, la sobrevivencia depende de la posibilidad de convertirse en animal: “En la selva, el hombre sólo puede defenderse convirtiéndose en un animal más. Sobre todo, el hombre huido. Sus instintos deben salir a flote, absorber su personalidad toda, a fin de que pueda ser posible la salvación” (Varela 201). Desintegración de lo humano para garantizar la subsistencia de la vida biológica más elemental, es de esta forma que Cayé consigue resistir:

[E]n el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el superviviente agotó las raíces y gusanos posibles, perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná (Quiroga 87).

En el cuento de Quiroga, a la circularidad de la explotación, que encierra al mensú en un tiempo cíclico, se sobreimprime el tiempo lineal de la narración, que recorta un segmento de la repetición y aborda cronológicamente un ciclo completo de trabajo y abuso. Sólo dos sucesos se narran luego del cuadro extremo que parece clausurarlo: el rescate de Cayé y su reinserción en el sistema. Falso punto de fuga, la huida del obraje no constituye sino uno más de los movimientos instintivos en el círculo que encierra al mensú: “a los diez minutos de bajar a tierra estaba ya borracho con nueva contrata y se encaminaba tambaleando a comprar extractos” (Quiroga 87). Entonces, el ciclo vuelve a empezar.

Varela y la mirada histórica: del mito al sindicato

En *El río oscuro*, dado que la narración desarticula la cronología, la huida del obraje es a la vez el primero y el último de los sucesos: el primero en ser referido y el último en ocurrir. Más aún, dentro de la serie narrativa que forman los episodios de la fuga, su relato efectivo comienza *in medias res*, con Ramón en una instancia de pleno peligro, para ser retomado recién al final de la novela. El primero de los tres capítulos dedicados a la huida, titulado “Galope en el río 2”, además de ofrecer “una alerta para los hábitos receptivos de la época” (Romano 608), inaugura la animalización explícita que recorrerá todo el texto: las rodillas se transforman en “ventosas”, “la conciencia humana” en “instinto (...) perfectamente ensamblado en la naturaleza y en la vida”; la posición erguida en “la antigua posición de la especie (...) desechando la insegura verticalidad del hombre civilizado” (Varela 13). En lugar de confirmarla como pretendía Engels,⁵ el trabajo hace desandar al hombre la ruta de su *evolución*.

⁵ En línea con Marx, fue Engels quien se encargó de la más pormenorizada y radical apología de la influencia del trabajo en la constitución de lo humano, al atribuirle, una a una, las características distintivas del hombre. En “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”, la palabra, la sociedad, la postura erguida y apoyada sobre los cuartos traseros, la anatomía de la mano (lo que Aristóteles y Darwin, en definitiva, postularon como rasgos intrínsecamente humanos desde la especificidad de sus discursos), son remitidas a una fuente primitiva y común: una vez más, el trabajo, considerado como la “condición básica y fundamental de toda la vida humana” (Engels 29).

No obstante, al contrario de lo que ocurrirá a lo largo de la novela, la animalización no aparece aquí solamente como marca o consecuencia de la explotación, sino como la necesaria transformación para subsistir en la selva: el instinto *ensambla* con la vida; la pose primitiva otorga *seguridad*. En la frontera con la muerte, la humanidad de Ramón se disloca; al igual que ocurría con Cayé, es el puro impulso biológico el que lo sostiene, pero es la emergencia de una animalidad subyacente lo que lo salva.

Cuando el relato de la huida se complete, este primer atisbo de animalidad cobrará un nuevo significado. Para comprender el giro, es preciso advertir que lo que en el cuento de Quiroga constituye un ciclo cerrado en el que el mensú se encuentra fatalmente preso sin que el relato ofrezca alternativa, presenta en la novela de Varela otras líneas que lo atraviesan y finalmente lo quiebran. En buena medida, esas líneas parten de las “secuencias paralelas con sus propias particularidades discursivas” (Romano 608) que rodean al hilo narrativo principal: “Pasajes histórico-mitológicos” que “se convierten en lastres que demoran la acción”, según Jitrik (253); “recorrido ensayístico por los diferentes conquistadores de la región” y “serie de citas, acotaciones laterales informativas e imágenes como *flashes* fotográficos”, según Romano (608). Haciendo abstracción de las valoraciones particulares que puedan emerger de las citas anteriores, resulta evidente que esas secuencias, denominadas “La conquista”, “La otra conquista” y “En la trampa”, operan como punto condensador de rupturas alternantes dentro de la novela: con el género, por su función ensayístico-informativa, con el carácter ficcional del texto, por su componente histórico y su testimonio verídico, con el realismo, por su tono mítico, con la unidad tradicional de la narración, por su carácter digresivo y fragmentario. Teniendo en cuenta el programa estético y político al que Varela adscribe, estas fracturas del texto adquieren una función paradójica: si la cita de fuentes testimoniales y las referencias históricas confieren a la novela el estatuto de *ficción documentada* y a ciertas zonas del texto el carácter de *documento*, la mitificación de la selva como fuerza atemporal dotada de voluntad –“la selva no olvida nada. La selva tiene una vida oscura, subterránea, que atraviesa los

tiempos y corre como una savia por la naturaleza toda. Ella sólo pretende que no la perturben” (Varela 85)– va en contra de los verosímiles realistas.

Sin embargo, estas rupturas de la homogeneidad del texto terminan por habilitar una ruptura interna a la trama narrativa principal: ruptura del ciclo de explotación del mensú, en el que los personajes de Varela, *a priori*, parecían tan encerrados como los de Quiroga. Así, las secuencias en cuestión no pueden simplificarse como *paralelas a la narración principal*, puesto que se imbrican con ella, propiciando el quiebre del tiempo cíclico de la explotación en favor de una concepción lineal del tiempo, de una mirada histórica. De este modo, la fatalidad se transforma en coyuntura y la explotación en la selva deja de tener carácter de ciclo para pasar a ser considerada como un proceso histórico que va del sometimiento del indio a la esclavización del mensú. La línea temporal que se traza, además, se inaugura antes y se extiende más allá: instauro un pasado idílico por fuera de los límites de la explotación –“Antes fue un hermoso tiempo de ignorancia” (Varela 37)– y sugiere un futuro (igualmente utópico) que la desarticularía, preanunciando la irrupción de la organización obrera y los sindicatos: “Sobre las cenizas del antiguo mensú, del arriero, comienza a levantarse el peón organizado, consciente del porvenir” (Varela 254-255). El tono doctrinario que predomina en el final de la novela sustituye la fatalidad de la explotación por otro tipo de determinismo: cuando el sistema de explotación alcance su punto álgido de crudeza y contradicción, su propia operatoria fomentará la “revolución” (Varela 239).

De modo especular, “Galope en el río” repite en la historia de su protagonista esas fugas más allá del tiempo de la explotación: hacia el pasado, a través de los recuerdos de infancia y juventud de Ramón⁶ (“Galope en el río 2”);

⁶ Si el apellido del protagonista evoca a Juan Moreira, el recuerdo de su padre redita y condensa en pocas líneas la figura de Martín Fierro. Del protagonista de la *Ida*, símbolo de rebeldía y víctima emblemática de las injusticias, se repiten la pelea a cuchillo (“su tata se levantó volteando la mesa y sacó el cuchillo haciendo el vacío a su alrededor”), el enfrentamiento con la autoridad (“el comisario lo llamó cuatrero y ladrón”) y el asesinato (“y uno gritó ‘¡ya lo tenemos, carajo!’ y el carajo se le partió en dos con la puñalada del hombre arrinconado”). Del convenientemente apaciguado protagonista de la *Vuelta*, sólo se recupera el afán de aconsejar al hijo –“fue una de las pocas veces que le dio consejo” (Varela 17)–.

hacia el futuro, a partir de la intromisión más o menos explícita de consignas y retóricas doctrinarias (“Galope en el río 3”):

Dejaba a sus espaldas nada menos que una época y marchaba raudamente hacia la otra conducido por esas frágiles tacuaras, viajaba hacia los yerbales de cultivo y el Sindicato, hacia allí donde los hombres son igualmente explotados pero luchan unidos en defensa de su dignidad y donde él tenía seguramente un puesto reservado porque estaba dispuesto a hacer pata ancha allí como en todas partes. Viajaba como un oscuro ramalazo, como un golpe de viento, por las correderas amigas del Paraná, de pie, en pelotas, iluminado plenamente por el sol violento del mediodía (Varela 259).

No es preciso recalcar el carácter simbólico del pasaje. En cambio, cabe recordar que la instancia previa a la desnudez y el avance hacia la *nueva época* de sindicatos es la animalización extrema (y saludada), en la que el instinto reemplaza a la conciencia y la posición antigua de la especie a la posición erguida. A la luz del desenlace, la vuelta de Ramón a la animalidad, en este episodio, aparece como la condición necesaria para su resurgimiento, el movimiento imprescindible de despojamiento y reconversión, la *tabula rasa*. Entre el mensú y el peón organizado, entre el esclavo y el obrero amparado en el sindicato, el Ramón-animal intermedia para constituirse a la vez como el último eslabón en la degradación del explotado y el punto de partida del hombre renacido. Como si la transformación en cuestión sólo pudiera operarse a partir de un retroceso radical hacia las fuentes de la especie; retroceso que a la vez autorizaría un nuevo comienzo.

Sometido por el trabajo, el mensú es reducido a la animalidad; empujado a la fuga a través de la selva, la animalización cambia de signo: condición necesaria de supervivencia e instancia disponible para el surgimiento de una nueva época. Frente al círculo cerrado de la explotación en Quiroga, Varela desbarata el ciclo y narra la reconversión del mensú. Pero su personaje no lo sabe, se mueve a ciegas, impulsado por “una confusa sensación de su triunfo sobre las emboscadas del hombre y la naturaleza” (Varela 260), como si su andar impelido por el instinto animal todavía estuviera demasiado cercano y su futuro de obrero sindicalizado todavía demasiado precoz. La profesión de fe partidaria de Varela

no alcanza para que se abandone por completo la verosimilitud interna y se presente el renacer de Ramón en los términos de un despertar de la conciencia política. En cambio, cabe al narrador explicar el sentido último de su “confusa sensación” y el sencillo grito de alegría, “-¡¡Pi... pi... piú... JUUUUUU!!” (Varela 259-260), traduciéndolos en símbolos transparentes y consignas doctrinarias. Así, no sólo toma partido, sino que es *la voz de un partido*: Varela necesita de ese grado de claridad en sus formulaciones, necesita de la intermediación de la que Quiroga prescinde, porque quiere garantizar la transmisión de un mensaje: el triunfo final de la organización obrera por sobre la explotación. En esta instancia, la novela cristaliza del modo más evidente su carácter programático y alcanza el mayor punto de diferenciación respecto de la perspectiva *imparcial* a través de la cual Quiroga sostiene su narración y su denuncia.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós, 2012.

Aristóteles. *Política*. Buenos Aires: Losada, 2007.

Bataille, Georges. *El erotismo*. Buenos Aires: Tusquets, 2011.

Engels, Friedrich. *Introducción a la dialéctica de la naturaleza: el papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Buenos Aires: Anteo, 1958.

Ezquerro, Milagros. “Los temas y la escritura quiroguianos”. *Horacio Quiroga. Todos los cuentos*. Coord. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: ALLCA – Fondo de Cultura Económica, 1996. 1379-1414.

Jitrik, Noé. “Los comunistas (Manauta, Barletta, Yunque, Varela)”. *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*. Comps. Nora Avaro y Analía Capdevilla. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2004. 248-256.

Lafforgue, Jorge. “Actualidad de Quiroga”. *Horacio Quiroga. Todos los cuentos*. Coord. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: ALLCA – Fondo de Cultura Económica, 1996. XXXV-XLIII.

Marx, Karl. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Santiago de Chile: Austral, 1960.

- - - . *El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012.

Prieto, Martín. *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Taurus, 2011.

Quiroga, Horacio. “Los mensú”, “Los desterrados”, “Un Peon”. Horacio Quiroga. *Todos los cuentos*. Coord. Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: ALLCA – Fondo de Cultura Económica, 1996.

Rodríguez Monegal, Emir. “Objetividad en Horacio Quiroga”. *Número*. Montevideo, 6-7-8 (1950).

http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/emir_rodriguez_monegal/bibliografia/prensa/artpren/numero/num_06.htm. Último acceso: 5 de diciembre de 2013.

Romano, Eduardo. “Culminación y crisis del regionalismo narrativo”. *El oficio se afirma. Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 9. Dir. Sylvia Saítta. Buenos Aires: Emecé, 2004. 599-629.

Sagastizábal, Leandro. *La yerba mate y Misiones*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984.

Varela, Alfredo. *El río oscuro*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008.